

DOMINGO DELGADO DE LA CÁMARA
AVATARES HISTÓRICOS
DEL TORO DE LIDIA



Fig. n.º 77.- Delgado de la Cámara, D. (2003): *Avatares históricos del toro de lidia*, Madrid, Alianza Editorial, 359 págs.

Dentro de la muy extensa bibliografía sobre temas taurinos el menos tratado ha sido, sin duda, el del toro de lidia. El toro es la base sobre la que se construye toda la fiesta y, sin embargo, es de los protagonistas el que menos interés despierta entre los tratadistas del tema. Por una parte, la escasa documentación disponible, hay que tener en cuenta que el primer censo oficial del ganado de lidia no se hace hasta 1933. De otra parte, los muchos mitos y leyendas que, como consecuencia de su desconocimiento se han ido tejiendo hasta ser difícil deslindar lo que es leyenda de lo que se puede confirmar. Hasta el punto de que hay que coincidir con el autor en que *nadie sabe nada*. Por todo ello, toda nueva aportación sobre el tema es siempre bienvenida.

El autor es licenciado en Derecho y ha escrito otro libro publicado en la misma editorial con el título: *Revisión del toreo. Fuentes, caminos y estilos en el arte de torear* y, como dice el prologuista, su mérito principal es el de su «entrega total a la afición». El libro ha sido escrito para promover la polémica entre los lectores, de ahí su estilo provocativo que, en ocasiones, se aproxima a la osadía.

La idea fundamental del libro es la de que el toro de lidia es un producto de la selección del ganadero que se ha ido configurando de acuerdo con las necesidades del toreo que se estilaba en cada momento. Por esto, el autor resalta el papel que en el desarrollo histórico del toro han jugado las grandes figuras del toreo. De aquí, que en ausencia de grandes toreros capaces de hacer valer su voluntad sean las masas las que impongan sus criterios que, debido a su ignorancia, no son otros que los de determinados críticos manipuladores o los de ciertos colectivos radicalizados como el famoso *tendido siete*.

El libro tiene seis capítulos en los que se intenta dar a conocer la historia del toro desde sus consabidos orígenes mítico-arqueológicos hasta el toro del futuro. El primer capítulo, que

es el más extenso, trata de la historia del toro desde los orígenes hasta las pretendidas *castas fundacionales*. El capítulo se extiende con los encastes que han derivado de dichas castas fundacionales, para llegar a la conclusión de la hegemonía de las castas andaluzas y, en concreto, de las derivadas de Vistahermosa sobre el resto de las de otra procedencia.

Resulta muy acertada la afirmación de partida del autor de que en los orígenes de los toros de lidia se encuentran las razas autóctonas de diferentes comarcas de la Península. Las diferencias que se observan en la actualidad entre los animales derivados de las razas autóctonas y los toros de lidia son el resultado de la selección del ganadero, que es el auténtico creador de los actuales toros de lidia. La selección se habría iniciado a mediados del siglo XVIII cuando se profesionalizó el toreo a pie, que habría dado lugar a los primeros ganaderos de toros propiamente dichos.

Las primitivas castas navarra, castellana y jijona fueron desapareciendo, dadas las dificultades que su agresividad planteaban a los diestros que practicaban el estilo sevillano que necesitaban un toro más noble para desarrollar su toreo florido. Algunas de estas castas, como los *jijona* de la Sierra de Madrid habrían sido casi diezmados por los «excesos marxistas... en un raptó de afán revanchista sin ninguna justificación».

Serían, pues, las castas andaluzas las que se impondrían sobre el resto de las *castas fundacionales*. Dentro de la abigarrada serie de encastes, procedencias, cruces, etc. Dos parecen haber sido los orígenes que están en la base de las diferentes ganaderías andaluzas. Uno de ellos habría sido la ganadería de la Cartuja de Jerez de la Frontera, de la que tras un largo recorrido procederían los toros de Miura y de Pablo Romero. El autor recoge el manido tópico de que las ganaderías de los conventos o frailunas proceden de los diezmos que recaudarían los citados conventos, sin tener en cuenta que la mayoría de los conventos no tenían este

tipo de ingreso que era más propio del clero secular. Se ignora cual es la fuente de la que el autor toma los datos sobre las ventas y transferencias de los toros conventuales de la Cartuja jerezana o los de S. Jacinto de Sevilla, ya que buena parte del archivo cartujano se perdió en los avatares de las desamortizaciones y se desconoce todo lo relativo al archivo sevillano.

La segunda procedencia de las ganaderías andaluzas es la de Vistahermosa, que a su vez deriva de las reses compradas a los Rivas, ganaderos de Dos Hermanas. Estos, a su vez, «probablemente formaron su ganadería a partir de una manada de toritos negros que vagabundeaban por la campiña». Por su parte la ganadería de Vázquez no debe ser considerada como tal casta ya que se trata de una ganadería mestiza y no parece que las mezclas sean muy del gusto del autor como se observa en distintos puntos a lo largo del libro.

La ausencia de referencias documentales que avalen sus hipótesis parece la tónica general de todo el libro, especialmente en lo que hace mención a los siglos XVIII y XIX. Cuando polemiza con algún autor que no secunda sus afirmaciones, trata de desacreditar sus fundamentos documentales con afirmaciones como la de «Muchas veces se han redactado documentos falsos y se ha recurrido a *notarios* para hacer verosímil la falsedad y para dar al fraude visos de legalidad. Además, un notario de aquellos tiempos era muy fácil de corromper». Argumentos sacados de tertulias de café y la propia convicción del autor que, no olvidemos, es aficionado, resultan para el mismo mucho más concluyentes que cualquier documento escrito. Ignoramos que historia es la que se pretende contar en este libro, que incluye en su título el término histórico y que tampoco respeto tiene a los instrumentos y métodos que caracterizan el trabajo de un historiador.

En los siguientes capítulos se defiende la preeminencia de la casta de Vistahermosa llevada al éxito gracias a la acción de algunas figuras del toreo, singularmente por *Joselito*, al que,

prácticamente, hace responsable de toda la trayectoria seguida por la selección de los toros casi hasta nuestros días. Resulta cuanto menos osado el considerar que un torero que murió en 1920 y que sólo estuvo en activo nueve temporadas haya tenido tal trascendencia en la posterior historia del toreo y, sobre todo, en la selección de las ganaderías, así como en el triunfo de determinados encastes.

El libro está muy bien escrito, con un estilo ameno y fácil plagado de anécdotas que hacen cómoda su lectura. La selección de fotografías es buena y los pie de fotos muy adecuados. La bibliografía es completa y está actualizada, si bien se echa en falta la referencia a algunas revistas especializadas que están desarrollando una importante labor en el estudio con criterios científicos y objetivos del mundo de los toros. El índice onomástico es de gran utilidad.

Antonio Luis López Martínez
Universidad de Sevilla
alopez@us.es

